



DAME UNA LÁGRIMA

Irene Macías

DAME UNA LÁGRIMA



Primera edición: marzo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Irene Macías

ISBN: 978-84-18663-16-1

ISBN digital: 978-84-18663-17-8

Depósito legal: M-5128-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, sin ti a mi mundo
le cuesta aún más girar cada día*

«Me encantaría escribir una novela», le dije a mi madre y al hombre que ahora forma parte de su vida. Mi madre se sonrió y no me dijo nada. Llevo tanto tiempo queriendo hacer algo artístico de relevancia; he estudiado escritura, pintura, fotografía, cine... y a lo único que he llegado ha sido a pintar cuadros en algún taller de pintura; bueno, también tengo varios cuentos enterrados en carpetas. Se sonrió mi madre, sí, porque soy una mujer a la que le faltan tres meses para cumplir los cincuenta años, y que todavía está diciendo que quiere escribir una novela. Por supuesto, las novelas no surgen de la nada: me he pasado los años tratando de inventar argumentos dignos de ser escritos por una debutante, y mi imaginación no ha dado con ninguno que me motive para iniciar, desarrollar, terminar y, sobre todo, conservar tan siquiera una historia larga.

Escribir, lo que se dice escribir, sí que lo he hecho mucho, pero nunca me lo he tomado en serio, y he roto sistemáticamente lo que escribía. Por tiempo para escribir que no quede, mi trabajo me permite tener todo el del mundo, aunque hago mal llamándolo trabajo: tengo varios locales en alquiler. Me dedico, por tanto, a vivir de las rentas, de modo que tiempo libre tengo de sobra; lo que a veces no sé es cómo ocupar ese tiempo, y dejar de pensar que dentro de poco seré cincuentona. Mi novio dice que me obsesiona mi edad: él es cinco años más joven que yo, y suele añadir que estoy estupenda. Por obsesionarme me obsesionan varios temas, y ninguno agradable: la enfermedad, la muerte, la locura... Cuando escribo sobre estos horribles asuntos recibo malas críticas por parte de

quien me lee; «escribe sobre cosas normales», me dicen. Pero, ¿qué son cosas normales? ¿Acaso los temas que he citado no forman parte también de la vida?

Por otra parte, la palabra «normal» no me gusta nada. ¿Qué es la normalidad? Desde luego, yo no me considero muy normal, sino diferente al resto. A lo mejor me hubiera gustado ser normal, si por normal se entiende casarte, tener hijos, una casa donde criarlos y un trabajo corriente... pero en la vida, en algunos aspectos, he ido a la deriva; o sea, a mi aire, y cuando me he dado cuenta he vivido la mitad de un siglo, es decir, que se me ha pasado el arroz.

Como dije antes, he estudiado numerosas disciplinas artísticas, he sido una eterna estudiante, sin necesidad de trabajar, con la tranquilidad de que en un futuro no me iba a faltar el sustento dadas las propiedades con las que cuenta mi familia. He nacido con un pan debajo del brazo, como se suele decir. Entonces, con tanto tiempo libre, ¿por qué no he conseguido hacer nada de provecho? Miro los cuadros que llenan las paredes de mi piso pintados por mí, y me digo que ahí y en varios relatos que a nadie interesan quedó toda mi ambición. Pensando así llego a la conclusión de que, después de medio siglo, no debo de estar muy contenta conmigo misma. Por no estar contenta, no estoy contenta ni con el piso donde habito, y eso que muchos creen que soy una privilegiada por vivir en una de las calles más cotizadas del centro de la ciudad.

Mi madre y yo vivíamos en un modesto barrio, y cuando falleció mi padre, hará de eso unos tres años, nos liamos la manta a la cabeza y nos trasladamos al mismísimo centro de Sevilla. Mi madre está de alquiler, y yo adquirí un piso asequible. Vivimos separadas, pero a dos minutos la una de la otra: mamá vive en la plaza de al lado. Mi familia suele huir de los recuerdos. No es la primera vez que, al fallecer un familiar muy cercano, nos mudamos de barrio o de ciudad. En el barrio yo no soportaba oír hablar a la cuponera, al quiosquero, a la farmacéutica, a la cajera del supermercado de lo buen hombre que había sido mi padre. Desde luego que había sido un buen hombre, un padre increíble, el mejor, y me gustaba que

hubiera dejado un buen recuerdo de él en quienes lo habían tratado a diario, pero, durante los primeros meses de su fallecimiento, fue una tortura escuchar hablar de él cada vez que iba a comprar, por ejemplo, un cepillo de dientes a la farmacia. Supongo que, para dejar atrás más rápido la muerte de papá, mamá y yo malvendimos los pisos que poseíamos en el barrio y nos hicimos céntricas. Aunque, por más que corra una para dejar atrás lo que sea, tus vivencias siempre te acompañan. Y no, no pude olvidar la muerte de mi padre más rápido con la mudanza, de hecho, no creo que jamás olvide la imagen de su cadáver sobre el sofá.

Otra de mis obsesiones es el dolor, tanto físico como espiritual. El dolor por la pérdida de un ser querido suele acompañar largo tiempo, a veces nunca desaparece. Y han pasado tres años. No debimos haber dejado el barrio: teníamos que haber permitido que la farmacéutica te recordara siempre, cada vez que me viera aparecer por su establecimiento. La gente no se muda cada vez que se le muere alguien, si no esto sería un tinglado de mudanzas, con la de personas que se mueren a diario. Además, cuando se te muere alguien muy querido no se deben tomar decisiones apresuradas, porque la mayoría de las veces el dolor hace que te equivoques. Si lo hubiéramos meditado bien, ni mamá ni yo hubiéramos malvendido los pisos del barrio, ni ella se hubiera ido de alquiler a un piso de tamaño ridículo, ni yo hubiera comprado esta puñetera casa.

Mamá y papá vivían en una urbanización de lujo en el barrio, con dos garajes, trastero, piscina, y yo también estaba satisfecha con mi anterior vivienda, que no con esta actual. Por supuesto que para mí existe una solución: vender el que todo el mundo considera mi maravilloso piso del centro, bueno, todo el mundo no lo considera tan maravilloso: mi novio es la única voz discrepante. Mi novio Andrés es de pueblo, y él, que no entiende de calles cotizadas ni sitios céntricos, considera que vivir en un pueblo es calidad de vida. «Yo lo tendría claro —me comenta Andrés—, yo vendería tu piso y me vendría a vivir al pueblo». Pero claro, yo que no lo tengo tan claro; me digo que ni tanto ni tan calvo. Ni vivir en el centro de

una ciudad tomada por oleadas de paseantes, turistas y procesiones de Semana Santa, ni irme a vivir a un pueblo, dependiendo de los autobuses para trasladarme a la ciudad, porque coche no tengo ni lo voy a tener.

Me saqué mi carné, y estuve conduciendo unos años para terminar deshaciéndome del auto; debo tener algo así como «conducofobia», fobia a conducir entre el caos circulatorio, y fobia a buscar aparcamiento incesantemente. Puedo añadir otro temor: a perder el control cuando conduzco. La ventaja de vivir en el centro, por supuesto, la de que casi todo queda cerca y se puede llegar andando a muchos sitios sin depender de medios de transporte. Me he acostumbrado a llegar andando en un santiamén a casi todas las zonas de ocio que me interesan, los más populares cines, teatros, bares, tiendas... están a un paso de donde vivo. Quiero estar cerca del centro, pero no vivir en el centro. De hecho, hará un año y medio que puse a la venta mi maravilloso y céntrico piso, y empecé a mirar viviendas por el pueblo de Andrés, pero, en un momento dado, dije *stop* a la venta, porque consideré que esta vez me debía pensar con más calma lo de mudarme otra vez, para no cometer los errores tan seguidos. Para no cometer, quizá, tres errores seguidos: irme del barrio, irme al pueblo, irme con Andrés a vivir a un piso más grande que el que él tiene en el pueblo. Que no digo que comprar un piso en el pueblo y venirse Andrés a vivir conmigo tenga que ser por fuerza un error. Pero dado lo que me dura un novio, un visto y no visto, quizá sea más prudente no arriesgar.

El miedo es otra obsesión. El miedo al fracaso de una relación es muy grande, porque ya arriesgué con Joaquín, Sancho y Fede, y fracasé. Cada uno de mis novios tiene su historia. Joaquín y yo duramos dos años de novios, pero luego seguimos como amigos con roce unos diez años, con rupturas y reconciliaciones de por medio: era un buen hombre, me adoraba, pero me adoraba en exceso, hasta rayar los celos y la posesión, lo que no hacía más que agobiarme. Sancho estaba enganchado a la cocaína, al alcohol y a los medicamentos; era de Málaga, se vino a vivir conmigo a Sevilla,

la rehabilitación en una clínica de desintoxicación le duró poco, volvió a recaer; a los tres años no pude más con la dura vida de un drogadicto y lo dejé marchar. Y, por último, lo que recuerdo de Fede es que era un hombre trabajador e introvertido, muy poco cariñoso, frío en la cama y fuera de ella. Duramos cuatro años. Un día me harté de su congelado corazón y me fui con mis ganas de tener una pareja duradera a otra parte.

También he tenido numerosas relaciones que han durado una noche, un día, una semana, un mes, y después de Fede conocí a Andrés. Escuché la voz de Andrés por teléfono tres meses después de que mi padre falleciera, digo que escuché su voz porque nos conocimos a través de un chat. Lo vi físicamente semanas más tarde, y con el tiempo pasamos a estar juntos los fines de semana en su apartamento del pueblo. Por entonces, mi madre y yo ya nos habíamos deshecho tontamente de los pisos del barrio, y yo vivía provisionalmente con mi madre en su pisito de alquiler en el centro, mientras me buscaba un piso cercano a ella. Recuerdo que, por entonces, ya me decía Andrés que me olvidara del centro y buscara calidad de vida en su pueblo. Pero yo lo que quería era estar lo más cerca posible de mi madre. Ella se encontraba mal; el fallecimiento de mi padre era reciente, se pasó seis meses vestida completamente de negro y tomando antidepresivos. Adelgazó mucho, apenas comía. No podía dejarla para irme a vivir a un pueblo ni a ninguna otra parte, por lo que, cuando encontramos mi piso actual, a dos minutos del suyo, no me lo pensé mucho —error, no pensar bien la compra de una vivienda es claramente un error—, y lo compré.

El piso estaba hecho realmente una pena, pertenecía a un matrimonio que se acababa de divorciar, contaban con dos niñas, el exmarido se había quedado sin trabajo y tenían prisa por venderlo, por lo que me lo dejaron a buen precio. Siendo el centro lo caro que es no puedo decir que el piso me costara excesivamente. Hubo que reformarlo, nos llevamos cuatro meses con las reformas; alisar las paredes, quitar un mueble horroroso de mampostería, los baños nuevos, la cocina nueva, pintarlo, revisar la instalación eléctri-

ca... lo único que no cambié fueron las puertas y el suelo. El suelo me gusta; es bueno, de parqué, tiene un tono oscuro.

Mi madre y yo lo amueblamos y lo decoramos con cariño, me pusieron hasta un par de estanterías a medida. Compré un espejo, que me encanta, se llama el espejo del sol porque parece que salen rayos. Adquirí unas lámparas muy bonitas para toda la casa, especialmente la lámpara que pende del techo del dormitorio, que está llena de flores; es muy recargada, pero me parece bonita. El dormitorio está repleto de flores: las cortinas, la colcha y las lámparas son floreadas. Colmamos el piso de detalles; las figuras de un gatito, de unos chinitos, muchos marcos con fotos, mis cuadros. No se puede pedir más. Puse aire acondicionado en todas las habitaciones, no me faltan ni el lavavajillas ni la secadora. Cuento con dos armarios y un vestidor para guardar mi abundante ropa. Mamá colocó numerosas macetas en los balcones de mi piso y en el patio comunitario, aunque luego es un engorro regar tantas macetas, pero reconozco que lucen mucho, sobre todo en primavera, la época de esplendor de las flores. El piso quedó de lujo. Me digo que cogería mi vivienda tal y como está y me la llevaría a otra parte.

Cuando ya me iba a trasladar a mi piso, mamá me preguntó si yo estaría a gusto viviendo en él, y le dije, desde la inseguridad, que yo estaría bien. Mamá contestó: «no da a la calle, a lo mejor te agobias». No, mi piso da a un patio interior, redondo, pequeño, como una plaza de toros, pero eso ya lo sabíamos; ya sabíamos que era un interior desde que nos fijamos en la vivienda.

Apenas se escucha el tráfico y el ruido de la calle, pero oigo a los vecinos; los oigo hablar, reír, toser, roncar, follarse, escucho el sonido de las duchas, las gárgaras con el enjuague bucal. No sé si debería hablar de vecinos; la mayoría de los pisos de mi edificio son apartamentos turísticos. El edificio está lleno de turistas, de vecinos de alquiler, y los únicos propietarios que vivimos en el bloque somos uno que es recepcionista de un hotel y yo. En definitiva, que parece que yo también estoy de alquiler.

Antes éramos cuatro propietarios los que vivíamos en el bloque, pero el más jovencito se fue a vivir a un pueblo y alquila ahora su piso como apartamento turístico, y el más mayor falleció. Recuerdo al señor mayor, que andaba con dificultad. A la entrada del edificio hay unas escaleras estrechas y empinadas, es lo peor del bloque; el anciano las subía y bajaba muy lentamente, tenía cactus en los balcones, los regaba de vez en cuando. Asomo la cabeza por el balcón, todavía están los cactus, no sé si los herederos habrán puesto el piso en venta o en alquiler. Me dio pena cuando supe que este señor había fallecido, a mi madre le gustaba hablar con él cuando nos lo cruzábamos por la calle.

No sé si poner mi piso en venta en septiembre o en febrero. Se mezclan los idiomas en el patio con forma de plaza de toros. No sé si me resultará fácil vender este piso, parece que mi bloque está destinado a los turistas, a lo mejor me lo compra alguien que quiera alquilarlo posteriormente. Yo no quiero alquilarlo, necesito el dinero para comprarme otro piso. ¿En dónde acabaré?, me pregunto. Barajo barrios: Triana, Nervión, calle Arroyo, son céntricos, pero no es el centro, ¿el pueblo de Andrés?, ¿a Andrés le gustaría verdaderamente verme allí?, y a mí, ¿me gustaría verme en el pueblecito? Habrá que seguir pensando, de todas maneras, dinero no tengo todavía para adquirir nada, y me gusta comprar un piso al contado. Puedo irme del lado de mi madre: no es como antes, ahora mi madre está acompañada, conoció a un hombre, un señor de su edad. Aunque a lo mejor es a mí a la que le cuesta moverse del lado de mi madre; está tan cerquita, casi puedo rozarla con los dedos si estiro el brazo.

En la plaza de al lado, en un pisito estrecho, he intentado que cambie de vivienda, pero ella está a gusto allí, mejor decir, ellos; el señor de su edad también. Están a gusto allí. Ella no se va a mover de donde está, todas sus actividades: canta en un coro, va a un grupo literario, el centro de mayores... le quedan al lado. Soy yo la que me vine por ella y por despistar al desasosiego que causa la muerte en los que quedamos vivos. De todas formas, la angustia me persi-

guió y se metió en mi garganta en forma de nudo. Papá, te añoro, no me acostumbro a no verte más en tu sillón favorito delante del periódico o de la tele con tu semblante serio. Hay que ver cómo es la muerte, te lleva, dice mi madre, te lleva de un modo que parece que nunca has existido.

En realidad, no sé por qué me quejo tanto de mi céntrico piso, no estoy tanto tiempo en él, vivo a medio camino entre la ciudad y el pueblo. Paso la mitad de la semana en la ciudad, y la otra mitad en el pueblo con Andrés. Por lo menos esto ha sido así en el último año, porque anteriormente Andrés venía a estar conmigo casi toda la semana. Sí, mi novio ha pasado largas temporadas en mi piso; ahora soy yo la que se mueve, la que acude a su lado.

Sucedió que el año pasado el padre de Andrés estaba cada vez más enfermo, y lógicamente su hijo quería estar junto a él, así que lo mejor era que yo fuera y viniera de la ciudad al pueblo. Cuando desgraciadamente la enfermedad del padre de Andrés se agravó sin posibilidad de solución, el hombre falleció en cuestión de semanas. Andrés quiso entonces permanecer cerca de su madre durante un tiempo que se ha alargado; por inercia, y quizá por otros motivos más, soy yo la que está en el pueblo la mitad de la semana. Vivir en el pueblo la mitad de la semana es algo que me importa y no me importa. Me importa porque me considero urbanita, estoy acostumbrada a los espacios grandes, al tráfico, en definitiva, al bullicio de la ciudad; poder optar entre mil tiendas en las que comprar, otros tantos bares o cafeterías en los que entrar, ir a los cines de un centro comercial de un gran barrio en plena efervescencia es un aliciente para mí. Pasear por esta bella urbe, ver la catedral, el río, las estampas de la Giralda y la Torre del Oro me llena los ojos y el corazón. Además, me gusta el anonimato que te da la ciudad: eres un paseante más, un rostro desconocido, alguien que pasará

por tu lado y del que no sabrás nada jamás. Y por otro lado no me importa porque lo hago por él, porque sé que está más a gusto en su pequeña localidad. El pueblo es un lugar alegre y lleno de bares donde se come muy bien por poco dinero. Andrés se mueve en su pueblo como pez en el agua; allí están las tiendas, los supermercados donde le gusta comprar, le encanta saludar a conocidos por la calle... toda su familia vive en el pueblo, es feliz donde vive, no tiene en la cabeza ideas de mudarse ni de complicarse la vida buscando un lugar donde pudiera estar mejor.

Hay otro motivo por el que no me importa ser yo la que va al pueblo: no me gustaría que se encontraran el señor que vive con mi madre y Andrés, se puede decir que no hay *feeling* entre ellos. No sé exactamente cuándo empezó esa enemistad. Darme cuenta de lo mal que se llevaban me di cuenta el verano del año pasado, cuando mamá, su pareja, mi novio y yo compartimos un piso que mi madre había alquilado en la playa. Aquello se puede decir que acabó como el rosario de la Aurora. La pareja de mi madre no hacía más que quejarse de los hábitos de mi novio. Lo cierto es que Andrés tiene un estilo de vida curioso: le gusta vivir de noche y dormir de día, no trabaja, porque su familia también tiene propiedades, está contento estando entre cuatro paredes, es decir, que es muy casero y no echa de menos lo que hay en el exterior de una vivienda; ni siquiera cuando está en la playa tiene necesidad de ver el mar; le da igual ir mejor o peor vestido, se pone la primera camiseta y el primer pantalón que tiene a mano; le gustan los juegos en general y en especial los de ordenador; fuma mucho y a veces en sitios cerrados, y no solo le gusta fumar tabaco.

Su forma de ser chocó frontalmente con la de Luis, la pareja de mi madre, que es un señor muy pijo que cuida excesivamente las formas. Luis decía de Andrés que era un vago, que lo había tenido todo muy fácil, que no trabajaba, que no se cuidaba; llegó a decir que se estaba matando porque solo bebía Coca-Cola y comía dulces, le molestaba incluso que se echara en el sofá a dormir la siesta. Solo le faltaba haber dicho que le incordiaba también que Andrés le quitara

aire al respirar. Luis le puso a mi madre la cabeza como un bombo con sus protestas, y la buena mujer estalló un día contra Andrés y le dijo todo lo que Luis pensaba de él. Hasta tal punto se alteró mi madre que acabó en urgencias del centro de salud con una taquicardia: estuvieron a poco de mandarla al hospital, pero convencimos al médico de que todo había sido consecuencia de una disputa familiar, y cuando el pulso se le normalizó le dieron el alta.

Unas vacaciones de verano desastrosas: Andrés y yo tuvimos que volvernos corriendo a Sevilla como si estuviéramos huyendo de algo. Mi novio no paraba de decir que él no había hecho nada, que Luis la tenía tomada con él, que había intentado romper nuestra relación y que por eso se merecía como mínimo un puñetazo. Espero que ese encontronazo no se produzca nunca, y para evitarlo mantengo alejado a Andrés de la ciudad y de Luis. No es que Andrés sea violento; tiene carácter, y cuando se cabrea tiemblan las paredes, pero sé que es incapaz de hacer daño a nadie, ni siquiera a Luis. De lo que no estoy tan segura es de que Luis no vaya a provocar otra disputa si se cruzan algún día. No hay posibilidad de reconciliación, ya lo tengo asumido.

A mis padres nunca le han gustado la mayoría de mis novios y hasta cierto punto es comprensible; sobre todo no les gustaba Sancho, el toxicómano, y Fede, el del corazón helado. «Tenías que haber seguido con Joaquín, él te adoraba», me dice mi madre. Sí, me adoraba, pero me quería para él solito, y me llamaba más de veinte veces al día para controlar dónde me encontraba. Es cierto que Andrés no es perfecto, pero, ¿lo soy yo?, ¿lo es alguien? Creí que mi novio y mamá tenían una complicidad especial y que se querían. Andrés fue quien la animó a que saliera de la soledad y buscara un compañero, aunque fuera por internet. «Tu madre tiene ganas de estar con un hombre», intuía Andrés. Yo no sabía que mi madre tenía esa necesidad, pero también la animé a que diera por algún medio con alguien especial que le devolviera la ilusión por la vida. Y llegó Luis, y mamá tuvo otra vez ganas de arreglarse, de salir, de ser feliz.

Andrés siempre se ha preocupado mucho por mamá; esta a veces no goza de buena salud, mi novio nos ha acompañado a urgencias cada vez que mi madre se encontraba mal. Andrés también acogió a mi madre en casa de su familia unas Navidades en las que mamá no tenía dónde ir a celebrar nada. Creí que todo iba bien con Andrés, pero llegó Luis. Ese señor que sí que se cree don Perfecto, y que, según él, lo ve todo. Sé que Joaquín era cariñoso, que me adoraba, pero no se puede tratar de meter a nadie en un frasquito de cristal para que no se aleje nunca. Creo que Andrés me quiere, al menos él me lo dice, me da besos de la mañana a la noche, me ofrece su casa, comida en abundancia, buen sexo, pasión, y, sobre todo, es la persona con la que he elegido estar, al menos de momento, y en estos aspectos no se tiene que meter ningún Luis del mundo. Andrés quiere que evite a Luis, que no lo vea, que, si estoy con mi madre algún día y llega él, me vaya sin más. Quiere protestar de esta manera, pero no es fácil evitar a la pareja de mi madre, que va con ella a todas partes. Es lo que le quiero hacer entender a Andrés; que no puedo evitar a una persona que está tan apegada a otra.

Por este motivo hemos tenido muchas discusiones mi novio y yo, Andrés dice que Luis va a conseguir cualquier día lo que pretendía en la playa: separarnos. Ojalá que no sea cierto, ojalá que, si Andrés y yo nos separamos algún día, sea por cualquier motivo ajeno a Luis.

Lo cierto es que últimamente mi novio y yo discutimos mucho, la mayor parte de las veces por tonterías. Sería tonto, y valga la redundancia, enumerar las bobadas por las que iniciamos una disputa. Lo que sí considero un problema es discutir por Luis, porque si le digo a mi madre, como desea Andrés, que no quiero ver a su pareja, le voy a dar un disgusto a mi progenitora. Y ya son suficientes quebraderos de cabeza los que tengo por motivos familiares. He perdido a mis hermanos, y podría perder a mi madre también si esta decidiera elegir entre Luis y yo, y optase por él. De hecho, escuché a mi madre decir una vez que entre Luis y mi hermana María

del Mar, se decantaría por el primero. María del Mar no aceptó que mi madre rehiciera su vida con otro hombre, y hace tiempo que no quiere saber nada de mamá ni de mí porque yo apoyé a esta en su decisión de estar con Luis.

María del Mar seguramente estaría contenta si mamá hubiera seguido vestida de luto toda su vida, sin conocer a más hombres, encerrada en casa con el recuerdo de papá. Yo puedo querer a papá tanto como lo quería mi hermana, pero jamás encerraría a mi madre de por vida en casa vestida de negro. Eso se queda para otras épocas, ¿no eran los egipcios los que enterraban a la mujer junto al marido cuando este fallecía? Acabada la existencia del marido, ya nadie tenía derecho a la vida. Mi madre tiene setenta y un años, siempre ha sido una mujer guapa y lo sigue siendo, y estoy segura de que será presumida hasta su último día en la Tierra.

Le encanta la ropa, ir de tiendas, vestir a la moda, pintarse, arreglarse el pelo, cuidarse las uñas de manos y pies. Tiene muchas inquietudes; canta en un coro, va a un grupo literario, le gusta viajar, asiste a cine-clubs con coloquio, le pirran los conciertos y el teatro. A su edad para mí es todo un ejemplo a seguir: mi madre es tal y como a mí me gustaría ser dentro de veinte años. Ha sufrido mucho en la vida, ha padecido reveses que a cualquier otra persona le costaría remontar, pero es fuerte; superfuerte. Posee un gran carácter y es una luchadora nata. No hay quien le tosa, es capaz de comerse a cualquiera. Es sumamente nerviosa, por eso perdió los papeles con tanta facilidad en la playa el año pasado, con Andrés; por eso acabó en urgencias, porque muchas cosas se las toma a la tremenda.

¿Que mi novio no sabe combinar la ropa y que a Luis le molesta que se eche la siesta en el sofá? No creo que sean motivos suficientes para crucificar a alguien. Se han pasado, mamá y Luis, lo sé, pero los he perdonado. Lo que quiero es que mi madre sea feliz los cuatro telediarios que le queden. Nunca me he metido en su vida, no le voy a cuestionar a la persona con la que comparte los días, y, por supuesto, no tolero que se meta en mi vida por mucho

que Sancho fuera un toxicómano o Fede un congelador, o Andrés no sepa dormir de noche. Que voy a por los cincuenta, joder, que las cosas que me pasen en la vida son ya asunto mío, no de nadie.

Andrés y yo vivimos una luna de miel al principio de nuestra relación; nos llevábamos bien entre los dos, sin sobresaltos, nos llevábamos bien con mamá, pero las relaciones suelen comenzar con la pareja subida en una nube: luego la nube se disipa y se dan el batacazo. Yo quiero volver a dibujar una nube y subirme en ella con Andrés para continuar surcando el cielo. Y no quiero bajarme de esa nube ya nunca, ni que otros me hagan descender. Como si pudiera oír la voz de Andrés: «ya estás soñando con cuentos de hadas, Irene», me diría si leyera esto. Ya no tienes dieciocho años para creer en príncipes azules y princesas rosas. Lo sé, pero, aunque no me gustan las alturas ni los aviones, sí me gustaría compartir una romántica nube contigo el tiempo que pueda durar el viaje. Sé que no soy la mejor mujer del mundo, que tengo muchos rotos en mis vestiduras, que me llamas bicha y me dices lo mala que soy, pero mi corazón dice que te quiere, a ti y a nadie más que a ti, pero, como tú dirías, eso por el momento.

Me gustaría ser una mujer fantástica, llenarte la vida de lo que sea, pero llenártela; sin embargo conozco mis limitaciones, que son muchas, empezando porque me dices que debo ser más positiva hasta cuando escribo. ¿Qué quieres que te diga?, la mochila que llevo a la espalda a veces me pesa mucho. En ocasiones puedo con ese peso, pero otras me hunde la espalda. Te puedo hablar de inseguridades, de pesares, de derrotas; también te puedo hablar de amor, si quieres, que es ese que te profeso desde que te conozco. ¿Que me he caído de la nube más de una vez?, pues sí, lo reconozco, y me he hecho pupa y he querido tirar la toalla en lugar de subirme de nuevo. Pero si hace falta me colocaré una armadura para los próximos bajones de nuestra relación. O, en lugar de una nube, podemos sustituirla por un tobogán: subamos y arrojémonos por él, y luego volvamos a escalar.

Me gustaría tantas cosas contigo... me gustan, de hecho, tantas cosas contigo. La que más, que me digas que deposite la cabeza

en tu hombro mientras estamos echados en la cama; oír tu respiración, tus latidos, tu ritmo. Desde esa posición me gusta besarte la barbilla y lamerte las orejas. Me gusta, qué tontería, que te lleves media hora buscando alguna película en internet porque yo te he dicho algún título que quiero ver. Y que me hagas la comida, con ese cariño que le pones especialmente en los platos que cocinas para mí.

Muchos días tu casa es el hostel más cómodo de un pueblecito llamado felicidad. En la soledad de mi maravilloso y céntrico piso no estás tú. En la ciudad puedo ver a mi madre y a su inseparable Luis, estar con mis amigas, almorzar en algún restaurante de mi gusto, ver en los cines todas las películas del mundo; pasear, saludar a la Giralda, tomar café o ir a una tetería por su té marroquí; comprar ropa con la que abarrotar el vestidor de mi casa, pero no estás tú. Ni tú ni tu guitarra ni tus batallitas de ordenador. Ni tu risa, ni tu vozarrón, ni tus caricias, ni tus comentarios sobre política, ni tu serie favorita, *Juego de Tronos*; ni están Jon Nieve ni Arya ni el Matarreyes; ni está la azotea del edificio donde vives, ni tu dedo señalándome orgulloso los barrios de tu pueblo cuando vamos a recoger la ropa del tendedero.

Mañana voy otra vez para el pueblo, cerraré mi puerta y abriré la de tu casa, y te veré, quizás, en medio de la sala, sudoroso, dejándolo todo limpio para mí. Me invadirá el olor a friegasuelos, te besaré. Me preguntarás ¿dónde te metes? Somos predecibles, pero quién quiere fuegos artificiales que arden una vez y no vuelven a brillar. Te quiero como eres; has dado tu brazo a torcer por mí en varias ocasiones, dices que yo no te doy nada a cambio, que soy egoísta pero que no tengo la culpa de serlo, que son las circunstancias; me disculpas, me aceptas, me derrites con tu ardiente y líquida lengua.

Te harás un cigarrillo con grifa, fumarás en el balcón para que no me trague el humo, mirarás al cielo, te abrazaré, y Alejandro Sanz cantará desde Youtube: no te preocupes, que hoy es domingo y dios descansa, disfrutemos del momento y de este sitio que nos regalan.

